

## AYUNTAMIENTO DE VITORIA-GASTEIZ

### Los retos de la solidaridad.

#### *Introducción.*

Hace unos pocos días me llamó al teléfono de mi oficina un señor enfadadísimo con los tertulianos, los políticos, los periodistas y conmigo en particular, porque defendemos en tiempo de crisis “eso del 0,7”, cuando lo que debiera preocuparnos es la situación de la clase obrera que lo está pasando mal y no “preocuparnos tanto de esos negros” (dicho así y con bastante desprecio). El acusador no me dio tiempo a contestarle, porque, después de repetir variaciones de su rollo, me colgó el teléfono. Bueno, supongo que riñéndome a mí, se quedó más tranquilo. Porque si no, qué tiempo tan miserablemente perdido.

Si me hubiera dejado hablar, le hubiera dicho un par de cosas. Primero que España no da el 0,7 ni a “esos negros” ni a ciudadanos pobres de otros continentes de cualquier color que sean. En 2008 daremos un 0,35 % del PIB, o sea la mitad, como mucho. Segundo, le diría que mirara al mundo a su alrededor y que viera lo inseguro y peligroso que se está volviendo a causa de la pobreza, la marginación y la frustración. Afganistán, Somalia, India, República Democrática del Congo, Sudan, etcétera. Ya sé que los terroristas no son la gente más pobres de sus países, pero no cabe duda que la pobreza y la marginación de sus países ha contribuido a hacer terroristas a muchos que no son pobres.

Al señor que me interpellaba por teléfono le diría además que mucho peor que la clase obrera española está la clase de los “condenados de la tierra”, de los hambrientos, enfermos, refugiados. La mayoría de ellos habitantes de África negra. Le diría que la ayuda al desarrollo no es un lujo que se hace en tiempos de prosperidad, como dicen en un comunicado conjunto **Intermon, Oxfam y Amnistía Internacional**, si no que hay que hacerla siempre, sobre todo en tiempo de crisis. Y por último le pediría que considerara lo bien que le vendría a

nuestra clase obrera que los negros de África, que pronto serán 800 millones, consumieran nuestros productos, compraran nuestros coches y vinieran como turistas a España no en pateras sino en barcos y aviones seguros.

Esto hoy por hoy está muy lejos, pero, si ayudamos a su desarrollo, podría suceder en 30 ó 40 años. Y acabaría diciéndole: amigo, si su pasión no le ciega, piense que la solidaridad no solo es una cuestión de justicia, sino también de necesidad para que todos podamos sobrevivir en un mundo global. Esta historia me lleva directamente el tema de esta intervención:

### *Solidaridad en tiempos de crisis.*

Cuando, hace unos meses, recibí la invitación para participar en esta reunión, las llamadas hipotecas basura ya andaban rondando por el sistema financiero global, poniendo el miedo en el cuerpo de los magnates de las nuevas finanzas. Ellos sabían que en sus paquetes de títulos valores había mucha broza. Había unos valores que, al incrementarse los impagos de hipotecas, habían perdido parte de su valor y toda la confianza que los inversores pudieran haber tenido en ellos. La crisis se cocía lentamente en su propia salsa.

En Septiembre, que pasará a la historia como otro “Septiembre Negro”, la crisis financiera es total. Las dos mayores instituciones hipotecarias de Estados Unidos, Freddy Mac y Fanny Mae (nombres populares de las mismas) son nacionalizadas en gran parte por el gobierno para evitar que su quiebra hundiera el mercado hipotecario de la nación. A la semana siguiente, el banco de inversión Lehman Brothers quiebra sin que el gobierno acuda en su ayuda. Días después, sin embargo, el gobierno tiene que intervenir para salvar de la quiebra a AIG, la mayor empresa de seguros del mundo. Esta vez intervine, porque la quiebra de la aseguradora hubiera sido desastrosa para el mundo de las finanzas y multitud de empresas en todo el mundo.

Desde entonces no hemos parado de recibir malas noticias económicas. El crédito interbancario cesa, porque los bancos ya no se fían unos de otros. No saben cuantos activos basura tendrá cada cual. El colapso del mercado

interbancario causa una restricción drástica del crédito comercial y personal. Sin crédito la economía real, la de la producción de bienes y servicios, la que genera el empleo, detiene su ritmo de crecimiento y acaba por reducir el volumen de su producción; aumenta el desempleo. Y en esas estamos. En plena crisis. Con ella aumenta el sufrimiento de muchas familias y el miedo y la incertidumbre de todas.

¿Qué sentido tiene hablar de solidaridad en tiempos de crisis? ¿No estamos en una situación de sálvese quien pueda? Bueno, no; ahora precisamente, es el momento de hablar de la solidaridad y de practicarla, precisamente porque el número de los que la necesitan es mayor. Entre nosotros, en nuestras ciudades y pueblos, desde luego. Pero también en el mundo. Porque los países en vías de desarrollo, es decir, los pobres, también están sufriendo los efectos de la presente crisis, que es la primera crisis realmente global de la historia, unos efectos que se acumulan sobre los males que ya venían sufriendo cuando nosotros disfrutábamos de una bonanza en apariencia inacabable. Ante las dudas que la crisis causa sobre la racionalidad de la solidaridad, nos vemos obligados a reflexionar más a fondo sobre las razones para la solidaridad. Razones en contra ya se esgrimen aquí y allá, como por ejemplo mi interlocutor que citaba al principio.

#### *Razones para la Solidaridad en tiempos de crisis.*

¿Razones para ser solidarios? Tres, que puestas sencillamente son: Porque sí; porque es de bien nacidos, y porque nos conviene mucho. Más técnicamente, yo hablo de razones de conciencia, razones de decencia y razones de conveniencia.

La primera razón surge del hecho de que a la mayoría de nosotros nos conmueven los sufrimientos de los demás. Esos sufrimientos suelen ser religiosa, filosófica y humanamente intolerables. La respuesta a esta intolerable situación es la compasión con el dolor ajeno. Es la solidaridad que nos sale del fondo del alma. ¿Quién la puso allí? La educación que recibimos de niños, la religión, las persuasiones políticas, quien sea, pero ahí está en la mayoría de los

seres humanos. Todas las religiones cristianismo, judaísmo, budismo, islamismo, animismo, etcétera predicán alguna forma de “Amor al prójimo” Y ponen como norma que sea como el amor a nosotros mismos. Por otro lado Emmanuel Kant hablaba de un “Imperativo categórico”, Adam Smith, en su Teoría de los Sentimientosw Morales, de un *fellow feeling* que todos tenemos. Los humanistas propagan un amor universales a todos los seres humanos. Cada vez nos conocemos mejor los unos a los otros, y no podemos ignorar lo que sufren tantos millones de personas como nosotros cerca de nosotros y también lejos..

La segunda razón, la de decencia, se basa en la desigualdad, que es la raíz de muchos de los males que afligen al mundo. La acumulación de enormes riquezas en las manos de un número reducido de ciudadanos del mundo, cuando al mismo tiempo millones de personas mueren de hambre, es sumamente ineficiente desde el punto de vista colectivo. No es exagerado suponer a los muy ricos del mundo una fortuna promedio de 30.000 millones de dólares, con mil de estos super millonarios se llegaría al PIB mundial, que es de unos 30.0000.000 millones de dólares. Esa acumulación de riquezas no sirve para nada útil, ni contribuye a aumentar el bienestar de nadie. Ciertamente no aumenta el de las mayorías pobres, pero ni siquiera aumenta de una manera significativa el bienestar y la felicidad de quienes las acumulan. Les aumenta su poder y su orgullo. Pero eso a la Humanidad ¿para qué le sirve?

La acumulación moderna, exagerada e insultante, es el resultado de las posibilidades de la nueva economía, como quiera que ésta se entienda. Estas posibilidades se han explotado en el contexto de una filosofía individualista - darwiniana o hobbesiana -, que lleva a una concepción y práctica de la vida como una lucha para acumular por acumular, como si esto fuera realmente necesario para la supervivencia de la especie, y no sirviera para su más acelerada destrucción. Analizando la reciente crisis financiera vemos comportamiento extremos – algunos criminales - de codicia e insolidaridad basados en la filosofía darwiniana de la supervivencia de los mejor dotados.

Esa desproporcionada acumulación de riquezas es además contraproducente para la permanencia de la democracia. La democracia en un estado que incluya ciudadanos con muy diferentes niveles de vida no es creíble. No es creíble para los ricos, porque no creen que los ciudadanos pobres tengan los mismos derechos que ellos, ni, en cualquier caso, las mismas posibilidades materiales de ejercitar esos derechos - en los tribunales, por ejemplo. Ni es creíble para los pobres, que saben muy bien que sus intereses y necesidades nunca son prioridades para los gobernantes. Ni es creíble ni es sostenible. La democracia acabará siendo una estructura de poder vacía, sin alma y desde luego sin apoyo popular. La desigualdad creciente que se está dando en mundo constituye una terrible amenaza contra la democracia y contra la convivencia.

De ahí surge una poderosa razón, en nombre de la eficiencia y de la equidad social, para la solidaridad. Aquí entiendo solidaridad como la actitud y el comportamiento individual o colectivo, que lleva a una persona o grupos humanos a preocuparse de los demás, próximos y lejanos. Obviamente, la solidaridad admite grados de proximidad, pero no puede admitir límites. Una razón para la solidaridad es que la necesitamos para reducir las desigualdades, repartir mejor las enormes riquezas y las casi infinitas posibilidades, que la tecnología y el ingenio humano nos ofrecen.

Las desigualdades se combaten por medio de comportamientos y estructuras solidarias: sistemas fiscales eficientes y justos, regulación y ordenamiento de los mercados, justicia en el comercio internacional, ayuda al desarrollo, fomento de comportamientos democráticos en los países pobres, (y no echar leña - armas - al fuego de sus contiendas civiles), ayuda sanitaria urgente, ayuda tecnológica para que no se queden al margen de las nuevas tecnologías, políticas de emigración. Hay tantas cosas que hacer...

Refuerza esta segunda razón el hecho de que los pobres saben cómo viven los ricos y estos ven constantemente la vida miserable de los pobres. Ya no podemos decir, como los ricos del siglo XIX, que no sabemos lo mal que viven los pobres. La televisión y el cine no nos dejan escapar ni coartada. Ahora hemos visto los miles de hambrientos que deambulan por Africa, Centro América y

Haití, el Sudoeste Asiático, las decenas de miles de africanos que se consumen con el SIDA. No podemos poner por excusa que nadie nos ha dicho ni nos ha pedido ayuda para paliar tanta miseria. Hay que tener el corazón realmente duro para no echar mano a la chequera y dar de lo que sobra, de lo que se tira en regalos inútiles o lujos de los que nadie disfruta. No hay excusa para no ser solidarios.

La posibilidad de que los pobres nos pasen cuentas algún día es otra forma de esta segunda razón para la solidaridad. Porque ellos también ven, por medio de los mismos medios audiovisuales, cómo vivimos las minorías ricas del mundo. No pueden menos de comparar y preguntarse por qué aquellos tienen tanto y nosotros tan poco. Y, aunque la mayoría se resigna con pensamientos fatalistas o religiosos, algunos claman, por lo menos en su interior, que eso no es justo y buscan con rabia y desesperación a alguien que les haga justicia en este mundo o que se la prometa por los medios que sea. En estas circunstancias nuestra solidaridad debiera brotar del instinto de conservación, cuando ya no nos quede un resto de compasión.

La tercera razón para la solidaridad, la de conveniencia, se deriva de una terrible paradoja: que con el progreso técnico cada vez somos todos más vulnerables. La vulnerabilidad que nos hemos creado con nuestra tecnología y nuestros modos modernos de vivir exige, por nuestro bien, comportamientos solidarios. En esa innegable verdad se fundan las razones de conveniencia. Porque por medio de la tecnología y la ciencia nos hemos organizado la vida con gran eficiencia, a costa de crear un entorno de una gran debilidad y vulnerabilidad. Si no hubiéramos podido construir torres tan altas como las Torres Gemelas de Nueva York - que pasarán a la historia como un mito de la vulnerabilidad humana, lo mismo que la Torre de Babel -, y si no hubiéramos podido construir aviones tan grandes y potentes con los 767 y 757 que usaron los terroristas, esos malvados, por mas astucia, odio y determinación que hubiera puesto, no hubieran causado más de seis mil muertos en unos minutos. Lo mismo podemos decir de los trenes de cercanías en la estación de Atocha, los intentos de atentar en el metro de Tokio y de Londres, que hubieran causado miles de víctimas, y últimamente los ataques a los hoteles en India o los

secuestros de barcos en Somalia. Son episodios que muestran, además de la existencia de gentes desesperadas capaces de las mayores matanzas, la posibilidad de hacerlo que ofrecen los medios modernos de comunicación, los hábitos y modos de vida que nos hacen muy vulnerables.

En las circunstancias en que estamos, cuando uno se pone a pensar en las maldades que son posibles, a causa tanto de las técnicas que hay como de la manera cómo hemos organizado la vida en sociedad, se constata que las posibilidades de causar catástrofes que afecten en unos minutos a miles de personas son muy grandes. Lo que prueba lo vulnerables que nuestras sociedades se han vuelto. La capacidad que tenemos las personas y nuestras organizaciones para hacernos mal unos a otros, tanto como para sufrirlo, es mucho mayor que en cualquier tiempo anterior en la historia de la humanidad. Antes de 1945 no existía la posibilidad material de matar a cien mil personas en un solo día, como se hizo en Dresde, Hiroshima y Nagasaki. En la antigüedad ese número de víctimas hubiera requerido decenas de años de incesante guerrear, y más de un siglo para matar a tanta población civil.

La solidaridad es una condición de posibilidad para sobrevivir en un entorno tan vulnerable como es el nuestro. De hecho si sobrevivimos al tráfico rodado, a los transportes públicos, a los ascensores, a las redes de distribución del gas, a los alimentos congelados, etc. es porque somos básicamente civilizados y nuestros comportamientos son cívicos, y cumplimos las leyes, que es una forma incipiente – y nada despreciable - de solidaridad. En el futuro sólo sociedades solidarias podrán sobrevivir en un mundo más tecnologizado que el nuestro, y como ya todo es global, solo con una verdadera solidaridad mundial todas las naciones y habitantes del planeta podrán estar a salvo.

*Pautas para ser solidarios en la crisis.*

- En este tiempo de crisis no hay dejarse llevar por el egoísmo. Ni caer conscientemente en una actitud de “sálvese quien pueda”, de cualquier forma que sea.

- No difundir mensajes pesimistas infundados y exagerados. Estos mensajes asustan a la gente y propician comportamientos económicos que agravan la crisis. Me refiero sobre todo a periodistas y políticos por la influencia que pueden tener en la población. Pueden tener una intención aviesa de desmoralizar a la sociedad.
- No despedir empleados sin razón suficiente, aprovechando la crisis para reducir las plantillas por otros motivos diferentes de la crisis. Antes bien, estar dispuestos a emplear a personas que hayan quedado sin trabajo como resultado de la crisis. Pensar en la suerte de las familias desempleadas.
- En cuanto a la ayuda exterior, hay que considerar que se puede ayudar a los pobres de países en dificultades sin quitar nada a la ayuda que se da a los propios afectados. De hecho los países que más ayudan a los pobres son los que mejores políticas sociales tienen para ayudar a los suyos, los países escandinavos, Holanda, Francia, Canadá. Lo que muestra que la generosidad no necesita limitarse para ser efectiva. Ni la limitación es una garantía para hacer buena solidaridad.

Ahora más que nunca tenemos que hacer acopio de sentimientos de solidaridad y ponerla en práctica. La solidaridad no es un lujo que solo podemos permitirnos en los buenos tiempos. La solidaridad es para cuando sufre la gente y ahora parece que la gente, aquí y en sobre todo en el Mundo Pobre, lo están pasando muy mal. Es el tiempo de la solidaridad.

Luis de Sebastián

Catedrático emérito de economía de ESADE

Autor de *Guardián de mi hermano. La solidaridad*